

ANTONIO GONZÁLEZ DE COSÍO

BLOGGER FLICKER



OCEANO

ANTONIO GONZÁLEZ DE COSÍO

BLOGGER FLICKER



OCEANO

ANTONIO GONZÁLEZ DE COSÍO

BLOGGER FUCKER

OCEANO

*A Marc, como siempre, por ser mi valor
y mi medicina, mi esperanza y mi fuerza.*

*A Lucy Lara y a todas las directoras y editoras
con quienes he compartido mi vida editorial:
Helena es un poco de todas ustedes.*

*A Lulú y Lucila, mis hermanas,
por su amor que trasciende océanos.*

*A Rogelio, Pablo y Rosy, de mi casa Océano,
por volver a creer.*

*A Karl, Liza y Noor, mis gatos, que en esta pandemia
—y siempre— me han salvado de enloquecer.*

Prefacio

Prefería salir del trabajo tarde por dos cosas: el tráfico era menos caótico y los chismosos de la oficina se habían marchado ya en el autobús de la compañía. No: no tenía por qué ocultar su Mercedes último modelo —regalo de su madre al graduarse con honores en la universidad—, pero no le apetecía dar explicaciones de su vida a nadie, y menos a la gente que adoraba prejuzgar. ¿Cómo era posible que alguien que entraba a hacer prácticas no remuneradas a una empresa pudiera tener un coche como ése?

Con pesadez, se dejó caer en el asiento que despidió un familiar aroma a piel. Arrancó y salió suavemente del estacionamiento. Conducir siempre le había relajado y paulatinamente comenzó a sentirse mejor. Aceleró y sintió el ronroneo del Mercedes, envolvente, reconfortante. Había tenido un día pesadísimo en la oficina: a la gente de abajo siempre se le carga más la mano. Ni hablar: así lo había querido. “Quiero forjarme una carrera con mi propio esfuerzo y no por dedazos, mamá”, dijo contundente

cuando Irma insistió en llamar a un amigo que trabajaba en el gabinete presidencial y le debía muchos favores. “Ya te dije que no, no insistas. Y mucho menos quiero deber nada a nadie de ese círculo: con ellos los favores se pagan con sangre. Déjalo por favor, mamá. Déjalo ya.” Irma no tuvo entonces más remedio que mantenerse al margen.

Poco a poco, la contaminación luminosa y acústica de la gran ciudad comenzó a quedar atrás. Al frente, la línea de asfalto de la carretera parecía correr también y le hacía sentir que tenía los mismos deseos de llegar a casa. Encendió el radio para sentir algo de compañía. *...la cantante inglesa Dido nos acaricia los sentidos con “Thank you”, melodía que se desprende de su primer álbum y que se ha vuelto el gran éxito de este 2001 y que seguramente...*

—Qué flojera —dijo mientras introducía en el estéreo *The Joshua Tree* de U2. Así, con Bono como compañía y una carretera casi vacía, el camino a casa se le hizo, si no más corto, sí más ameno. Al llegar a la pequeña villa privada en lo alto de la colina, desde donde la vista distante de la ciudad era un verdadero espectáculo, se detuvo un momento en la caseta de vigilancia donde el guardia, con un gesto amable, le abrió el portón de entrada. Llegó a la puerta de su casa y dudó si meter el coche al garaje o no. Recordó que al día siguiente tenía que irse muy temprano, así que cerró la portezuela y, con un gesto al aire, decidió dejarlo fuera. Al fin y al cabo, aquí nunca pasaba nada.

“¡Mamá!”, gritó nada más entrar. La casa estaba medio a oscuras. Lucrecia, la asistente, salió de la cocina a su encuentro. “¿Mi mamá ya cenó?”, le preguntó. Ella dijo que no, que su madre se sentía cansada y se había ido a su habitación hacía ya bastante rato. “Mejor, así ceno con ella”, y subió a buscarla. En la escalera, se detuvo ante una

caca de perro y maldijo a Milo, el pomerano de su madre. “Puto perro”, dijo, mientras se sacaba el zapato y se dirigía al baño de invitados para dejarlo en el lavamanos.

Con un solo zapato continuó el trayecto al cuarto de su madre.

—Madre, de verdad tienes que educar a ese perro. Se caga todo el tiempo dentro de la casa. ¿Cuántas alfombras más vamos a cambiar? Digo, si no tuviera dónde pasear... pero con tantos kilómetros de jardín allá afuera, es imperdonable... ¿Madre? —preguntó al no escuchar ruido en la habitación completamente oscura.

Fue hasta el apagador y, poco a poco, comenzó a subir el dimmer de la luz. Arrugó la nariz ante los olores mezclados de los muebles viejos, cera de pulir y el Shalimar de su madre. Era un aroma familiarmente chocante. No obstante, se percibía en el aire algo más, pero su cerebro no pudo relacionarlo con nada en ese momento. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, vio a Irma recostada en la cama, al fondo del enorme dormitorio. Con cautela, para no sobresaltarla, se fue acercando.

—Mamá, ya llegué. ¿Quieres que cenemos algo?

Pero no hubo respuesta. Se acercó un poco más y vio que Irma estaba completamente vestida. Y muy bien vestida. Los minúsculos cristales entramados en el tweed de su nuevo traje blanco y negro de Alta Costura de Chanel, al reflejar la suave luz, brillaban de tal forma que parecían danzar al ritmo de la mustia melodía de una cajita de música. Reparó en las suelas limpias de sus zapatos de tacón nuevos. Habían vuelto de viaje apenas la semana anterior e Irma había traído de Europa una docena de maletas llenas de ropa y joyas que moría por estrenar. Dio un paso más, con sigilo. Su madre sufría de los nervios y se asustaba de todo. La misma luz que hacía bailar los

destellos del traje ahora incendiaba las joyas de diamantes que llevaba en el pecho y las manos.

—Mamá... ¿ibas a salir? Te quedaste dormida como las ancianas —dijo con una risilla de complicidad. Pero al acercarse y moverla suavemente por el hombro, notó algo extraño. Su rostro no se distinguía bien. Como Irma odiaba la luz directa —de ahí los dimmers—, la única iluminación cercana a la cabecera de la cama la daba su lámpara de buró.

Se aproximó a encenderla y con su único pie descalzo pisó algo viscoso en el suelo. Vómito. Un latigazo frío le bajó de la cabeza a los pies.

—¡Mamá! —repitió sacudiéndola con pánico—. ¡Mamá! ¿Te sientes mal? —dijo dándole ligeros golpes en la cara para reanimarla. Un poco de vómito brotó por la boca. A su lado, en la cama, tres frascos de Rivotril yacían completamente vacíos. Uno más, empuñado en su enjoyada mano, estaba también vacío. Irma, esa tarde, había decidido vestirse de alta costura para quitarse la vida.

1

Baja los pies de mi escritorio

Helena Cortez salió del salón de conferencias de la universidad con paso veloz. Sólo agitó un par de veces la mano al escuchar algunos “hasta luego” y “bye” a sus espaldas. Ya en la puerta que daba a la calle, sacó sus gafas *oversized* de Lanvin —sus favoritas, *qué pena que ya no las hagan más*, pensaba— y las puso rauda en su rostro para buscar de inmediato el teléfono y llamar a su chofer. “Víctor, ya salí”, dijo mientras caminaba hacia la calle, tropezando accidentalmente con una chica que pasaba por ahí. Se disculpó con un casi imperceptible movimiento de cabeza, recibiendo como respuesta una mueca de la joven. Ya fuera, mientras esperaba, miró a su alrededor. El día estaba soleado y los estudiantes, vestidos con camisetas y jeans, reían estridentes e iban de un lado a otro con sus vasos desechables de café. Helena siempre había detestado la idea de comer y caminar... o comer en público. Quizá lo más cercano a ello era cuando lo hacía en el jardín o terraza de alguno de sus restaurantes favoritos. Y por supuesto que del

café servido en una mesa con vistas a Central Park en Nueva York a ir corriendo con un vasito de Starbucks, había un mar de diferencia. Sí: Helena era esnob, pero no por pose o por mamonería, sino porque siempre había tenido muy claro lo que quería en la vida, y justo eso fue lo que la llevó a la posición que tenía ahora. Era una de las mujeres más respetadas de la moda en todo el país y reconocida en el mundo por sus críticos —pero siempre constructivos— puntos de vista sobre el tema.

Y sí: ahí paradita con su traje sastre, su bolsa de Hermès que costaba lo mismo que un coche compacto y sus zapatos de charol de vertiginoso tacón de aguja, se sintió por un momento fuera de lugar. Una mujer como ella en un sitio así sólo podía significar dos cosas: que era la madre de un alumno o una profesora. Y no. A la maternidad se negó por años y cuando decidió que ya estaba lista, las cosas no fueron como hubiera querido: buscó la fertilización *in vitro* —no tenía entonces pareja con la que valiera la pena tener un hijo de la manera tradicional— y tras varios intentos fallidos, abandonó el proyecto sin rencor ni resentimiento. Tomó su fracaso como madre exactamente igual que todos los tropiezos en su vida: como oportunidad, no como derrota. Sin progenie, no tuvo remordimiento alguno para dedicarse por completo a su trabajo. *Con el mundo como está, quizá sea lo mejor*, se decía para consolarse cuando la punzada de la maternidad no lograda la lastimaba de cuando en cuando.

Lo segundo, ser profesora, tampoco fue lo suyo. Al inicio de su carrera impartió clases de periodismo, pero al muy poco tiempo se dio cuenta de que no quería hablar de él, sino ejercerlo, y eso justamente había venido haciendo por casi cuarenta años. Uf. Cuarenta. No le pesaban, pero sí los sentía. Cuántas revistas no había editado, cuántas historias

de moda no había producido, cuántos Fashion Weeks no había cubierto de principio a fin. Alguien que pasaba a su lado fumando le echó, sin verla, una bocanada de humo. Agitó la mano para esparcirlo, aunque más bien, el gesto le sirvió para espantar sus pensamientos nostálgicos. ¡Ay, cómo odiaba la nostalgia! En eso no podía estar más de acuerdo con Lagerfeld. “La nostalgia —dijo Helena en una entrevista para la televisión— es tan inútil como unos zapatos que te quedan chicos: no te llevan a ninguna parte más que a lamentar tu presente.” Pero al igual que los malos pensamientos, la nostalgia era inevitable; no obstante, su inquebrantable orgullo se encargaba siempre de devolverla de golpe al presente. Al jodido presente.

Ésa era la razón de su presencia en aquel sitio: estaba tomando un máster en comunicación digital donde no sólo debía aprender a mejorar sus *skills* en *social media* (mandato de su jefe), sino que tenía que averiguar —y luego entender— hacia dónde diablos se estaba dirigiendo esta vorágine virtual que asestaba golpes, cada vez más mortales, a la industria editorial. Veía las nuevas formas de comunicación digital como un Godzilla que, alimentado de ignorancia y deseo de fama, arrasaba todo a su paso. Incluso lo que a gente como ella le había costado tanto tiempo y trabajo construir.

Antaño, su cabeza estaba poblada con expresiones como “*couture*”, “acabados de la prenda”, “esta colección es brillante y osada por...”, “exclusividad”, “lujo” y, por supuesto, con toda la jerga editorial que era su lenguaje del día a día. Ahora, términos como “likes”, “loops”, “instagramers”, “trolls”, “haters”, “hashtags”, “tiktokers” o “youtubers” parecían ocupar mucho más su atención que su gusto.

Levantó la mirada tratando de ver si Víctor llegaba. Estaba haciendo un calor infernal y detestaba sudar porque era pésimo para su cabello. Era tan amante del look retro en los peinados, que variaba su corte de tanto en tanto replicando estilos de los años cincuenta y sesenta, que le daban un aire muy sofisticado sin necesidad de trabajar mucho en ello: sólo un poquito de secadora y plancha y listo. Ahora llevaba un corte muy a lo Elizabeth Taylor en sus años mozos que acompañado de su eterno fucsia en los labios la hacían sentirse una celebridad... como las que ya no había.

Con un rechinido de llantas, que hizo que varios estudiantes lo miraran, Víctor se estacionó justo enfrente y corrió a ayudarla a cargar el maletín de la computadora. Ella, remilgada, con un ademán de la mano le hizo entender que no era necesario y sola abrió la portezuela posterior del coche. Víctor sintió las gotas de sudor correr por su frente y no por el calor, sino de nervios. Sabía que a su jefa no le gustaba esperar en la calle.

Con un movimiento pronto y grácil, ocupó el asiento posterior. Se dejó llevar por un instante por el paradisiaco relax que le ofrecía el aire acondicionado. Víctor la miró por el espejo retrovisor y respiró aliviado: no lo iba a reñir por no llegar a tiempo. Aunque ya le había dicho que encontrar lugar para estacionarse cerca de la universidad era casi imposible, ella era más partidaria de que Víctor resolviera problemas, no de que le diera más de los que ya tenía. O sea: no había excusa que valiera. Así que trataba de ser lo más eficiente posible, aunque tuviera que hacer malabares para cumplir las peticiones de su jefa. ¿Le tenía miedo? Por supuesto, pero también un gran cariño porque a pesar de ser dura, nunca dejaba de ser humana. Él y su esposa la apodaban “la Ostra”, porque a pesar de tener un exterior

tan duro, por dentro era blandita y hasta solía tener una perla de cuando en cuando. Volvió a mirarla por el retrovisor; se había quedado dormida.

Esta calma no duraría sino un par de minutos, porque su teléfono empezó a sonar de nuevo. Ignoró las dieciséis llamadas perdidas que tuvo durante la clase —ése fue el acuerdo con su jefe, desconectarse para involucrarse más con el curso—, pero una vez fuera del salón volvía a ser esclava de la editorial. Aunque la verdad es que le encantaba. No en lo profundo, sino en la superficie. Dudó un momento antes de contestar. Era impresionante la cantidad de pensamientos fatales que le venían a la cabeza entre un tono de llamada y otro. Pensó que no habían autorizado la foto para la portada del próximo número (o que *Vogue* se la había ganado de nuevo), temió que algo hubiera sucedido en el *shooting* que estaban haciendo con Salma Hayek en Miami. “Más merezco por haber puesto a cargo al inútil de Gerardo”, se dijo en una anticipación fatalista a los hechos.

—Diga —exclamó con un golpe de aire.

—¡Buenos días, Helena! —dijo Carmen.

Ella era la asistente perfecta, no sólo porque estaba siempre de buen humor, sino porque tenía una piel tan gruesa que trabajar en una revista tan caótica y complicada como *Couture* no le hacía mella alguna.

—Carmen, cariño, estaba en el bendito curso. No podía responder.

—No fui yo, Helena. Te están buscando de la dirección general. Parece que Adolfo necesita hablarte de algo.

—¿Sabes de qué?

—No, la pesada de su secretaria no me quiso decir nada. Pero creo que tiene que ver con tu viaje a París.

—Pues quizá sea eso. El cabrón querrá recortarme los gastos. A este paso voy a tener que hospedarme en un

albergue. ¿Por qué piensan que vamos de vacaciones? Cuando voy a los desfiles trabajo hasta catorce horas diarias. En fin, qué te voy a contar a ti que ya lo sabes todo. Transfiéreme por favor con su asistente, a ver qué quiere.

Después de la exasperante musiquita del *hold*, escuchó el aún más exasperante tono de voz de la secretaria de Adolfo.

—Hola, Helena, llevo marcándote toda la mañana.

—Adolfo sabe que estoy en el curso y que no tomo llamadas— dijo con la intención de ponerla en su lugar. Después de un cortísimo silencio incómodo y un extraño balbuceo, sólo le dijo—: El señor Narváez te quiere ver a las cinco.

—¿Sabes para qué?

—No, Helena. Nunca pregunto. No me gusta meterme en lo que no me atañe...

—Perfecto entonces— dijo cortándola antes de que continuara—. Dile que ahí lo veo —y terminó la llamada—. *No me gusta meterme en lo que no me atañe* —la imitó con voz gangosa—. Excepto cuando se trata de tapar sus aventuras con las becarias o tiene que sacarlo a escondidas de la editorial por ir ahogado de borracho. Ahí sí que se mete, la muy imbécil —agregó con una sonrisa cínica. Víctor le dedicó una mirada de complicidad a través del retrovisor. ¡Cuántas cosas no había escuchado a lo largo de los diez años que tenía trabajando con ella! Pero sabía que Helena lo consideraba una persona discreta. Y salvo a su mujer, que adoraba oír historias terribles de famosos, Víctor jamás repitió nada de lo que oía en ese coche o en la oficina de su jefa.

Llegaron a la puerta de la editorial Alfa-Omega —AO, en la jerga del gremio— y Helena bajó del coche con premura. Le pidió a Víctor que la recogiera a las siete. Caminó rauda

por los pasillos, y el *tic tic* de sus tacones, su perfume y ella toda hacían girar cabezas a su alrededor. Helena era tan admirada como temida, y muchos ya sabían que, de acuerdo con el ritmo de sus taconeos, podían hacerle conversación o sólo saludarla. En esta ocasión, sus zapatos anunciaban que no estaba de humor para charlas, de modo que la gente sólo la saludaba a su paso, y ella respondía, educada. Nada más. Vio que Carmen no estaba en su escritorio y se encaminó directo a su oficina; al entrar, se encontró con una imagen que la hizo sentir como si le arrancaran todos los vellos del cuerpo al mismo tiempo. Pintándose las uñas de los pies y apoyada en un libro de colección de Chanel —con dedicatoria a ella por parte del mismísimo Karl— estaba Claudine, la blogger recién nombrada directora de moda on line de la revista, sentada ante *su* escritorio mientras hablaba por teléfono a través del speaker. Tragándose todo lo que le hubiera gustado decirle, o más bien hacerle, se acercó suavemente hasta ella.

—Claudia, ¿crees que éste es el sitio más adecuado para hacer eso?

Claudine, sorprendida al no haberla sentido llegar, bajó de golpe los pies del escritorio llevándose con ellos el libro, el barniz de uñas y, por si fuera poco, un vaso de café. Para su suerte —y la mala de Helena— vio cómo todo el café que le había caído encima resbaló por su falda de vinilo de Raf Simons y escurrió hasta el tapete beige, que lo absorbió rápidamente. Se echó atrás un mechón de su cabellera rubia y entonces se percató de lo que Helena estaba viendo: el frasco del barniz de uñas había ido a parar justo encima del libro de Chanel.

—Dios mío —dijo mortificada—. Perdóname, Helena. Yo te pago el libro.

Fúrica, Helena recogió del suelo su ejemplar manchado con un salpicón de color carmesí que parecía sangre. Ya le hubiera gustado a ella que lo fuera: la de Claudine.

—No, Claudia, no puedes pagarlo. Este libro no tiene precio. Me lo regaló Lagerfeld hace diez años cuando lo presentaron en París. Creo —dijo mientras ponía el libro en un lugar seco— que deberías irte a tu lugar ahora mismo. Y llévate tus zapatos —agregó mientras los apartaba de su camino, asqueada, con la punta de sus *stiletto*s Valentino. Claudine tomó sus zapatos y corrió al baño. Helena sintió que se le revolvía el estómago, no sabía si de la furia o por el hedor a acetona mezclado con el café que había quedado en el ambiente. En su escritorio, gotas de café y esmalte habían ido a parar a documentos por firmar, algunas de las páginas por aprobar de la revista y su estuche de bolígrafos de piel de Montblanc. *Qué mujer más pendeja*, se decía para sus adentros. Al intentar sentarse, su disgusto subió al siguiente nivel: el chal de cashmere que había dejado el día anterior estaba en su silla... lleno de café.

Carmen, que había mirado toda la escena desde fuera, entró a la oficina de su jefa para ayudarla a limpiar el desastre que la otra había causado.

—Debe de estar llorando en el baño. Esta niña llora por todo —dijo Carmen.

—Perfecto, que lllore ahí donde yo no la vea. No soporto las lágrimas fáciles de las mujeres.

Helena estaba desencajada. Hacía mucho que Carmen no la veía tan enfurecida. A pesar de que el “mito de Helena” era el de una mujer dura y mal encarada, sabía que su jefa era una mujer firme, pero rara vez colérica. De hecho sonreía más de lo que se enojaba, pero eso no era lo que la gente identificaba en ella. Le dedicó una mirada no de compasión, sino de solidaridad: que la babosa esa la hiciera

enojar era lo único que le faltaba después de la temporadita que estaba teniendo con todos los cambios en AO. La ayudó a limpiar lo que pudo y arregló el escritorio.

—¿Por qué la conservas si es tan inútil, Helena? Además de que no sabe nada de nada, tiene una actitud repelente la chica. Nadie la soporta, nadie quiere trabajar con ella. No tiene idea de moda: todo se lo escriben las becarias. Y encima, cuando tú no estás, siente que es la jefa y maltrata a todos los que no considera “a su altura”.

—Pero ¿qué altura? —dijo Helena—. Esta niña no tiene educación. Tiene mucho dinero, pero clase, ninguna. Mira que pintarse las uñas de los pies en mi escritorio...

—Quise impedírselo, pero me dijo que tenía que hacer una llamada en privado. Y hasta me ordenó que fuera a comprarle un café.

—No lo habrás hecho, ¿verdad?

—No, hasta ahí podíamos llegar.

—Tienes razón, no sé por qué la conservo. Sí es muy hábil con las redes sociales y tiene impoluta la página web. Pero me pregunto si no estoy pagando un precio demasiado alto.

Helena trató de concentrarse y ponerse a trabajar. No pasó mucho tiempo cuando una Claudine con los ojos hinchados y maquillaje retocado tocó la puerta de su oficina.

—¿Puedo pasar, Helena?

Helena alzó la mirada y, con resignación, asintió. Sin cerrar la puerta, Claudine se sentó frente a ella, quien la miraba atenta en espera de cualquier disculpa hueca.

—Helena, me gustaría decirte algo que he venido pensando desde hace mucho...

—Me alegra saber que piensas —dijo, mirándola fijamente.

Pero Claudine ni siquiera se dio por aludida y continuó con su perpetuo monólogo. No sabía escuchar y, quizá por ello, no se enteraba de la mitad de las cosas que le contaban su novio, su padre... o sus jefes. En su mente, ella tenía una idea clara de las cosas y parecía que sólo escuchaba aquello que le fuera útil para apuntalar sus argumentos. Así que continuó.

—... y creo que necesito tener mi propia oficina. Privada. No me siento cómoda en un escritorio junto a todo el mundo. No puedo hacer bien mi trabajo si me siento una del montón.

Helena sintió cómo su cara ardía mientras clavaba las uñas en los descansabrazos de su silla. Sus labios se iban apretando de tal manera que su boca se convirtió en una línea tensa de color fucsia. Su rostro se transformaba segundo a segundo al escuchar las palabras de Claudine. ¿Se estaba burlando de ella? ¿Ésta era su forma de disculparse?

—Lo que pasó hoy —continuó Claudine— se pudo haber evitado si yo tuviera una oficina.

Ya con el rostro en un rictus, Helena tomó una larga respiración para no perder el control, pero no sabía por cuánto tiempo más podía permanecer ecuánime.

—Claudia...

—Claudine. Me llamo Claudine.

—No: te llamas Claudia. Claudia Refugio Mendoza. Recuerda que yo te contraté, en mala hora. No eres Claudine Cole. Tu nombre, tu talento y tu visión editorial son una invención tuya. Nada de lo que viniste a ofrecer aquí es verdad. Es un cuento: para eso eres buena, para inventar historias. Ni siquiera para escribirlas.

—Bueno, ésa es tu opinión —dijo Claudine envalentonada—, y hoy día los jóvenes tenemos derecho a decir lo que...

—En este momento, tu único derecho es a guardar silencio. Ya dijiste lo que tenías que decir. En lugar de disculparte por hacer mal uso de mi oficina, subir tus pezuñas en mi escritorio y dañar irreparablemente un objeto muypreciado para mí, vienes a decirme, encima, que la culpa de todo esto es mía por no darte una oficina. ¿Te das cuenta del tamaño inmenso de esta estupidez?

Una ráfaga de aire que entró por la ventana cerró de golpe la puerta de la oficina e hizo que Claudine pegara un rebote, pero Helena no se dio por enterada. Su enojo era tan grande que podía ser ella quien estuviera produciendo la tempestad. Permitió que Carmen entrara a cerrar los ventanales, pero quizás era ya muy tarde: el huracán ya estaba dentro. Fueron sus palabras, su expresión, el susto por el portazo —o todo junto— lo que causó que Claudine rompiera a llorar de nuevo y su maquillaje, lo mismo que la paciencia de Helena, comenzó a diluirse de nuevo.

—Claudia, actúa como profesional, por amor de Dios. No soy tu madre para conmovirme por un par de lágrimas. Menos cuando son el arma de una chica inmadura para salirse con la suya. Te pagamos un sueldo para que te comportes como adulta. Deja de llorar y componte o sal de aquí de inmediato.

Con fastidio, Helena observaba cómo Claudine trataba de respirar profundo para parar el llanto. ¡Dios! ¿En qué momento se había convertido su redacción en un jodido *high school*? ¿Dónde habían quedado los subordinados que temían y obedecían a los jefes? La miró secarse las lágrimas negras por el delineador y hasta pudo reconocer que hacía un intento por recomponerse, pero en ese momento no tenía tiempo para trabajar con gente que hiciera el intento de algo: necesitaba resolución. Y retomó la charla.

—No, no voy a darte una oficina, Claudia. No te la mereces: no sabes trabajar en equipo, no te has ganado el aprecio de nadie...

—No vengo aquí a hacer amigos —dijo Claudine, recompuesta.

—Pero tampoco enemigos, y ya tienes a toda la redacción en tu contra. No eres amable ni educada.

—¡Por supuesto que soy educada! —dijo aguantando un sollozo—. Estudié en Nueva York. Me dio clases Galliano. Quisiera ver quién de todos ellos tiene eso en su currículum.

—Lo importante —apuntó Helena— no son las escuelas por las que has pasado, sino las que han pasado por ti. Claudia, eres una chica ambiciosa, te informas a profundidad cuando algo te interesa. Tienes un puesto que ya hubiéramos querido muchas a tu edad. ¡Aprovecha la oportunidad! Aprende a escribir, aprende de tus compañeros, que tienen una gran experiencia en lo que hacen, llevan años trabajando en la moda.

Claudine miraba al suelo y agitó la cabeza varias veces, asintiendo. Levantó la mirada y, con esos ojos que parecían un manchón de acuarela, la vio fijamente. Suspiró y se puso de pie con decisión.

—Voy a intentarlo.

—No: vas a hacerlo. Vas a demostrarme que tuve razón al contratarte. Vas a hacer tu trabajo. No hay de otra.

—Y si lo hago —dijo de pie antes de salir de la oficina de Helena—, ¿me darías una oficina?

—No, cariño: si lo haces, probablemente conserves tu trabajo.

Vieja cabrona

Anciana ridícula. ¿Quién se habrá creído que es? Sabrá mucho de moda pero a su edad ya tendría que estar en un asilo y dejar que las nuevas generaciones hagamos lo que tenemos que hacer. Pero no, ya no quiero llorar otra vez, se dijo Claudine, tomando una gran bocanada de aire. No voy a darle el gusto a esta panda de mugrosos que no me quitan la vista de encima y esperan que me quiebre para reírse de mí otra vez. Pero ya me reiré yo de ellos cuando se larguen en su camioncito que huele a sobaco. ¡Qué puto asco! Bajó la mirada y vio sus uñas a medio pintar. Suspiró. ¡No puedo ir a la cena de Dior con sandalias y estas uñas!, se dijo.

De hecho, Claudine solía decirse muchas cosas. No conocía a nadie que la escuchara mejor. Y volvió al ataque: *¿Qué pretendía, que me pintara las uñas en el baño hediondo? Qué. Puto. Asco. Para pescar un hongo o hasta algo venéreo. No me quito los zapatos ahí ni aunque me paguen. Y luego, tanta pinche intensidad con su librito meado de Chanel. “¡Mi li firmí Liguirfild!” A quién le importa*

esa momia absurda. ¡Siempre hizo los mismos trajecitos de tweed de hueva! Sólo le gusta a las viejitas como Helena. Qué ganas tengo de que estos viejos que creen saberlo todo se retiren de una puta vez y dejen que las cosas progresen ya. Son un freno a lo cool.

A veces, pequeñas partes de su charla cerebral consigo misma se le escapaban por la boca y los compañeros que estaban alrededor de ella se reían al escucharla. “La Virgen le habla”, dijo Gerardo, el editor de moda, y provocó una atronadora carcajada a su alrededor. Su escritorio se hallaba en medio del de dos becarios de quienes no sabía ni sus nombres. Frente a ella estaba Gerardo, con quien se llevaba peor que con nadie más, porque parecía que el chico disfrutaba poniendo en evidencia su ignorancia acerca de la industria. “A nadie le importa la moda de museo, lo importante es el presente”, le espetaba cada vez que ella no conocía a un diseñador del que estaban hablando. Al lado de Gerardo estaba Carmen, quien Claudine sentía que la espiaba todo el tiempo para luego ir a contarle a Helena lo que hacía. A la gente de alrededor ni la veía ni la oía, por ende, no sabía qué demonios hacía en la revista. Pero era distraída para lo que le convenía, para lo que sentía que no le era útil en la vida. Para otras cosas, era una mujer multitask: podía tener una intensa charla consigo misma y al mismo tiempo ser eficientísima en las redes sociales.

Tomó su celular y abrió su Instagram. En ese momento, la bronca con Helena ya no existía: ahora sus ojos viajaban ávidos por sus redes. De pronto, algo que vio la hizo enfocarse, como sucedía pocas veces, en una sola cosa: la foto que se había tomado la noche anterior con David Beckham durante el lanzamiento de su nueva línea de perfumes tenía casi ochocientos mil likes. Se acercó a la pantalla para mirar bien: no eran ocho mil, ni ochenta mil.

Eran ochocientos mil. Comenzó a hurgar un poco y se dio cuenta de que el mismo Beckham había repostado la foto en su Instagram: “Having a tremendous night in Mexico with the #editorinchef of @couturemagazine, the gorgeous @claudiacole #mexico #bekhamfragrances #hotmexicanwomen”.

—¡No! ¿En serio? —dijo con un inconmensurable alargamiento de la última “o”. Sí: Claudine se había sacado el jackpot de los influencers: que una celebridad real le diera like y, además, reposteara su foto. Y eso que al principio no había querido fotografiarse con él: “Ya está muy ruco”, le decía a su amiga Lucía. Pero después de unos shots de tequila reposado, se animó y le pidió una foto al futbolista, quien aceptó encantado haciendo honor a su fama de ser débil ante cualquier buenorra. Se maquilló a gran velocidad y le marcó a Lucía: esto había que celebrarlo.

—¿Dónde estás, wey? —dijo con ese alargamiento infinito de la “e” que tan despreciable le parecía a su jefa—. ¿Ya viste cuántos likes tiene mi foto de anoche? Vamos a comer al Nobu para brindar. Mira, al final tenías razón de que debía tomarme la foto con el abuelito cachondo —aceptó entre risas—. Te veo en veinte.

Sacó de su cajón unas medias impresas de Off-White que se embutió para tapar el inacabado pedicure y salió de ahí taconeando, dejando detrás de sí la estela de su perfume, las miradas de odio de sus compañeros y a una Helena que, atónita, no podía creer que la chica se largara en horas de trabajo sin decir a dónde iba.

Helena salió de su oficina y se dirigió al escritorio de Carmen con una orden clara:

—Por favor, prepara la carta de despido para Claudia.

—¿Con tres meses de aviso? —preguntó Carmen, muy oficial.

—Ni muerta le doy tres meses. Se larga el lunes mismo.

—Pero es viernes...

—¿Y? —respondió Helena lanzando a Claudia una de esas miradas que podían derribar muros.

—El lunes estará fuera —le respondió.

Esa tarde Helena no salió a comer. Además de sentir el estómago revuelto por el día que llevaba, le quedaban varios pendientes que resolver antes de la reunión con su jefe. Y encima, tenía que hacer un trabajo largo de investigación para su curso de *social media*. Le esperaba un fin de semana de reclusión, sin duda. Cuando faltaban diez minutos para las cinco, tiró a la basura el sándwich medio mordido que tenía al frente y tomó su cosmetiquera para ir a retocarse al baño antes de su cita. Le encantaba que el jefe la viera espléndida. Este gesto coqueto de Helena la hizo víctima de un montón de chismes: se decía que ella negociaba sus bonos, sus viajes y sus presupuestos en la cama del jefe. Y esto era completamente falso. Helena se metía a la cama con su jefe, sí, pero la única negociación que tenían en ese momento era quién estaría arriba: a ambos les encantaba dominar.

Helena sabía que tirarse a Adolfo era un lujo sin el cual la oficina no le resultaría igual. Su relación databa de unos tres años, y a pesar de que al principio Adolfo parecía querer algo más serio con ella, Helena tenía clarísimo que tener un novio veinticinco años menor que ella era el camino directo al fracaso. “Se lo dije tantas veces a Demi, pero nunca me hizo caso”, pensó cuando supo que su amiga se divorciaba de Ashton Kutcher. En fin. Por eso quiso ser cauta al relacionarse con su joven jefe y pronto establecieron un pacto mundano y adulto: ambos se gustaban, adoraban

este juego de poder laboral e íntimo, así que podían tener sexo o incluso hacer algún viaje corto *sin ninguna clase de compromiso personal y mucho menos profesional*. Sí, sí. Claro. Pero la verdad era que tanto uno como el otro tenían influencia mutua, y cada uno podía lograr sus fines en el trabajo sin necesidad de un intercambio explícitamente sexual: una sonrisa, un discreto toque prohibido o algún regalito caro movían montañas si de salirse con la suya se trataba.

Adolfo Narváez, que había empezado su carrera editorial desde muy abajo, entendía a la perfección los tejemanejes de la industria. Siendo un tipo guapo, atractivo y poderoso, decidió no casarse, porque ¿para qué tomar un desayuno continental si en la editorial tenía todo un buffet?, les decía a todos sus amigos. Y con su buen apetito, jamás se quedaba sin probar nada: a pesar de que las mujeres eran su delirio, no era tan ñoño como para dejar pasar de largo a algún chico que le hiciera “tilín”. Siempre fanfarroneaba con los camaradas diciéndoles: “Créanme: las mejores mamadas las dan los chicos”, mientras su grupete de amigos se reía, lo llamaba cerdo o bien hacía alguna mueca de fingido asco. No: nadie sabía a ciencia cierta quiénes habían escalado posiciones gracias a ensabarse con el jefe; lo que todo mundo tenía claro era que, ya fuera por placer o estrategia profesional, nadie había quedado decepcionado.

Con el *tic tic* de sus finísimos tacones, Helena anunció su llegada a la oficina de Adolfo. Su asistente, al verla, tomó el teléfono y apretó dos teclas para decir: “Ya está aquí”. Miró a Helena con una mueca mezcla de sonrisa y cólico menstrual, y le dijo: “Puedes pasar”. Pisando firme, Helena entró al despacho de Adolfo, quien estaba sentado en su

escritorio frente a un platito con nueces y bebía algo que parecía jugo de manzana.

—¿Comiendo apenas? —preguntó con un dejo de sarcasmo, sabiendo que lo que había en el vaso seguramente no era jugo.

—No, no pude salir. Estoy picando algo para engañar el hambre. ¿Tú comiste?

—Tampoco. Entre el cierre del número, el bendito máster de *social media* y un elemento de mi equipo que me está dando problemas, no me dio la vida.

—Qué cosas —dijo él mientras terminaba de teclear algo en su computadora.

Helena miró aquellas manazas que hacían que el teclado pareciera un juguete. La luz de la pantalla reflejada en su rostro resaltaba el verde claro de sus ojos y esas ojeras de cansancio que a Helena le parecían tremendamente sexys. Se sentó frente a él un poco para recordarle que estaba ahí, y otro poco para echarle un vistazo a sus pectorales que parecían luchar por desabotonar su camisa. Desvió rápidamente la mirada porque sabía que no era el momento de permitir que el poder que ejercía en ella la hiciera bajar la guardia. Adolfo tecleó triunfal un par de veces más. Cuando tuvo su atención, Helena lo miró esperando que disparara. Sabía que no le gustaba enrollarse; acaso sólo lo hacía cuando trataba de llevarse a alguien a la cama, e incluso ahí, trataba de ser lo más sucinto posible.

—Bueno, dime —dijo Helena, que sabía leer perfectamente a su jefe—. ¿Para qué me llamaste casi veinte veces?

—Veinte...

—Dieciséis seguro, las tengo como perdidas en el teléfono.

—Helena, estoy preocupado —dijo de una vez—. Los números están de la chingada. Las ventas se cayeron casi veinticinco por ciento con respecto al año pasado y voy a tener que cerrar dos revistas.

Helena palideció tan de golpe que el color de su lipstick rebotó en su rostro. Sintió en un instante que la oficina de Adolfo daba vueltas y que sus cuadros de arte contemporáneo iban a devorarla. Cerró un momento los ojos porque sentía, de verdad, que esos rostros amorfos que tanto le gustaba coleccionar a su jefe la iban a devorar. Al volverlos a abrir, se dio cuenta de que él ya estaba de nuevo mirando la pantalla de la computadora. *Cabrón indolente*. Respiró hondo y se estiró para tomar el vaso de Adolfo y darle un gran sorbo. Él intentó detenerla pero ya era tarde. Frunció la cara por la sensación rasposa en su garganta, regresó el vaso a su lugar y se quitó con el dorso de la mano una gotita del whisky que le había quedado en el labio.

—Pero no te preocupes, no vamos a cerrar la tuya.

Helena respiró aliviada.

—Helena, de arriba me están presionando cada vez más con las ventas. Necesitan que entre dinero a como dé lugar en la compañía. Y *Couture* es una revista muy lujosa, muy cara...

—*Es un lujo* —dijo ella contundente—. Ése es su ADN. Siempre lo ha sido.

—Sí, lo sé. Pero ahora se ha convertido también en un lujo para la compañía, y no están los tiempos para lujos.

—Adolfo, *cut the crap*, querido. ¿Qué me estás tratando de decir? Venga ya: tú no eres de darle muchas vueltas a las cosas.

—Estamos viviendo el tiempo de los millennials, de la información digerida, encapsulada, como la comida de los

astronautas —dijo Adolfo—. No estamos para adornos innecesarios, historias largas de ocho páginas como las que publicas. Hoy todo son “likes” y “follows”. Los reyes del mambo son los instagramers, youtubers, influencers, bloggers y toda esa sarta de mamadas que ni yo siquiera entiendo.

—Es la conjura de los necios —dijo Helena con una sonrisa.

—Es lo que hay. Ni hablar. Pero lo aceptamos, nos lo tragamos y lo digerimos en forma de un producto que nos atraiga más lectores, o nos vamos a la mierda, Helena. *Couture* tiene que volverse más joven, más accesible, más inmediata. No sólo tiene que estar apoyada, sino caminar al lado de su versión digital. Muchos dicen que en un futuro muy próximo las revistas sólo existirán en formato virtual. Y yo digo que no es el futuro: está sucediendo ahora.

—Me queda perfectamente claro, Adolfo. Y por ello me estoy preparando *ahora* para el reto. Esas “mamadas” del internet que tú aceptas no entender a mí me resultan cada vez más familiares y estoy aplicándolas en la versión digital de la revista. Nuestras redes han aumentado mucho del año pasado a éste...

—Pero no las ventas...

—¿No deberías estar teniendo esta charla también con el área comercial? —dijo empezando a alterarse—. Yo hago mi trabajo no bien: impecablemente bien. Y si estoy mintiendo, detenme ahora mismo. Estoy haciendo milagros con un presupuesto que baja veinte por ciento cada año. Con lo que me costaba antes producir un editorial de moda, ahora estoy produciendo cuatro. ¡Cuatro! Muchos de mis colaboradores internacionales están trabajando conmigo por la mitad de sus tabuladores...